

Sobre los orígenes y la fundación de Roma

On the origins and foundations of Rome

Lisandro Mendoza¹

Facultad de Filosofía y Letras
Universidad Nacional de Cuyo
leyjumas90@gmail.com

Resumen:

La labor fundacional del romano se extiende del hogar a la ciudad dando forma a una concepción política imperial. Desde sus orígenes la cultura romana se caracteriza por la agricultura, el hogar que se asienta sobre el fuego sagrado y su defensa. Esto se asienta en la religión y en la cualidad distintiva del romano para comprender la voluntad de los dioses. De aquí brotan dos cosas: la fundación de ciudades que dan forma a la antigua Europa y su consecuente patriotismo como defensa de los espacios sagrados.

Palabras clave: Fundación - Roma - *Homo conditor* – Ritual – Patriotismo

¹ Doctorando en Historia. Universidad Nacional de Cuyo. Profesor de Historia por la UNCuyo. Profesor Jefe de Trabajos Prácticos de la cátedra de Historia Antigua y del Seminario temático de Historia. Facultad de Filosofía y Letras de la UNCuyo. Autor de artículos de revistas científicas y conferencista en Jornadas y simposios de historia y filosofía. Ha dictado cursos sobre las fuentes la cultura occidental a partir de Grecia y Roma y su desarrollo histórico hasta los tiempos modernos.

Miembro fundador de Res Gestae Ateneo de Historia e integrante de ADEISE (Asociación de Estudios Interdisciplinarios sobre Europa) y CALIMA (Catedra Libre del Mundo Antiguo).

Abstract:

The foundational work of the Roman extends from the home to the city, shaping an imperial political conception. From its origins, the Roman culture is characterized by agriculture, the home that organizes around the sacred fire and its defense. This is based on religion and the Roman's distinctive quality to understand the will of the gods. Two actions arise from this: the founding of cities that shape ancient Europe and its consequent patriotism as a defense of sacred places.

Key words: Foundation - Rome - *Homo conditor* - Ritual - Patriotism

Cita sugerida: Mendoza, L. (2021). Sobre los orígenes y fundación de Roma. *Revista de Historia Universal*, (23), 115-139.

Introducción

Es importante conocer los orígenes de Roma dada su continuidad en el tiempo pues los romanos eran muy conservadores de las tradiciones y este tema tuvo permanencia a lo largo de toda su historia. Por eso se afirma que “los estudios sobre Roma han puesto gran énfasis en el conocimiento de este mundo arcaico, porque pareciera que allí están contenidas el germen de muchas instituciones que posteriormente aparecerán durante el periodo de la República” (Herrera Cajas, 1977, pp. 128-129). Del mundo primitivo provienen las instituciones posteriores, pues hay un proceso de decantación y maduración por el que se van configurando la Roma republicana e imperial a partir de la primitiva. Y por eso atestiguan Cicerón y Polibio que Roma no es el producto de la mente brillante de un legislador genial como en el caso de Esparta e incluso Atenas, sino que es una acumulación

de experiencia mancomunada, de una sabiduría que se va acrisolando con el tiempo. Así lo explica Cicerón en su *De república* II, 2 (Gredos):

La ventaja de nuestra república sobre las otras estaba en que en éstas habían sido casi siempre personas singulares las que las habían constituido por la educación de sus leyes, como Minos en Creta, Licurgo en Esparta, y en Atenas, que había tenido muchos cambios, primero Teseo, luego Dracón, Solón, Clístenes y muchos otros, (...); en cambio, que nuestra república no se debe al ingenio de un solo hombre, sino de muchos, y no se formó en una generación, sino en varios siglos de continuidad.

Fundada en una de las colinas del *Septimontium* la ciudad de la Loba se convirtió pronto en la cabeza del Lacio y su destino de eternidad quedó manifiesto desde temprana edad a juzgar por lo que nos descubren las fuentes. Veamos, aunque sea someramente, los presupuestos que hicieron de Roma, la cabeza del mundo antiguo y la base de Europa. Haremos un análisis de los orígenes de Roma teniendo en cuenta al romano como hombre fundacional u *homo conditor*.

Fuentes y líneas historiográficas

Sobre un tema tan investigado y debatido como es el de los orígenes de Roma, su formación y desarrollo de los primeros dos siglos y medio, existe mucha bibliografía y también diversas hipótesis. Por eso se dice que “el problema de los orígenes y primera historia de Roma es sin duda una de las cuestiones más candentes que todavía tiene planteada la crítica histórica. La bibliografía sobre el tema es abundantísima y continuamente se enriquece con nuevos títulos” (Martínez Pinna, 1989, p. 7) y por

eso no es nuestra intención entrar en los detalles de tan discutido asunto.

Debemos tener en cuenta que uno de los problemas para abordar este tema es la falta de fuentes directas. Los primeros historiadores romanos, los llamados “analistas”, son del siglo III a.C. y de sus obras han quedado solo algunos fragmentos. La historiografía analística debe este nombre a la forma de estructurar los relatos sobre la base anual de la magistratura consular. El primero de los analistas es el senador Fabio Pictor, considerado el primer historiador romano. Luego están Cincio Alimento, Calpurnio Pisón, Postumio Albino, entre otros. De los analistas son herederos Tito Livio y Dionisio de Halicarnaso que son nuestras principales fuentes historiográficas de los primeros siglos de la historia de Roma.

Paralelamente a los analistas debemos considerar a los primeros poetas que son del siglo III a.C. En primer lugar, Nevio con su poema *Bellum punicum* centrado en la guerra con Cártago busca las raíces del conflicto en el rechazo de Eneas a la enamorada reina Dido. Posteriormente tenemos a Ennio que escribió un poema épico titulado *Annales* y que trata la historia de Roma desde Eneas hasta las guerras púnicas. Y luego hallamos a los poetas de la época de Augusto, como Virgilio que recoge todo el mito fundacional relacionándolo, por medio de una profunda intuición, con el destino de Roma.

Asimismo, hay que considerar la cuestión de la oralidad como fuente primigenia, anterior a cualquier escrito, de las tradiciones

que refieren los tiempos arcaicos de Roma². Al respecto es importante considerar lo que explica Cornell (1999, p. 28) que la mayor parte de los escritos conservados sobre la Roma arcaica: “deben de proceder de la tradición oral, es decir, de las leyendas transmitidas de boca en boca de una generación a otra.” A esto el autor citado lo llama “las fuentes de nuestras fuentes” y son la base indispensable de todo lo que se pondrá por escrito posteriormente. Son relatos míticos de tiempos arcaicos en los que primaba la oralidad. Entre estas tradiciones se encontraba la de la fundación de la ciudad. Una de las pruebas que se aducen para sostener la antigüedad de esta leyenda es la existencia de la famosa estatua de la loba capitolina desde el siglo VI a. C. (Cornell, 1999, p. 85)

En resumidas cuentas las fuentes escritas para estudiar la fundación de Roma y el periodo de los reyes son de autores de finales de la República y de tiempos de Augusto. Unos son historiadores como Tito Livio y Dionisio de Halicarnaso o un pensador-político como Cicerón y otros poetas como Ennio, Virgilio y Ovidio. También existen fuentes más tardías como Plutarco y Dion Casio (siglo II y III). Y no hay que olvidar el aporte de los llamados “anticuarios” que recogen la tradición que se nos ha transmitido a través de Marco T. Varrón (116-27 a.C.) y dos autores del siglo II d.C. “Aulo Gelio (*Noches Áticas*) y Sexto Pomponio Festo, cuyo mérito estuvo en resumir la obra de un liberto que fue tutor de los nietos de Augusto, Marco Verrio Flaco” (Barja de Quiroga & Lomas Salmonte, 2004, p. 25). Sus aportes son

² Esto sucede con cualquier asunto de la Antigüedad que se aborde. La oralidad era parte esencial de estas culturas. Cf. Ong, W. (1982). *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*. Trad. Angélica Scherp. México: Fondo de Cultura Económica.

sobre todo en el aspecto institucional y de costumbres tradicionales de la Roma monárquica.

A las fuentes literarias debemos sumar los aportes de la arqueología, la epigrafía y la iconografía. Los descubrimientos de estas disciplinas de campo, en suelo romano, muchas veces confirman los relatos de la literatura, aunque en otras ocasiones obligan a replantear lo que se daba por hecho. Además, existen interpretaciones diversas de los descubrimientos arqueológicos en cotejo con la tradición literaria. Esto ha dado lugar a innumerables disputas entre los investigadores. Sus posturas se pueden resumir –simplificándolas– en dos grandes grupos. Por un lado los que aceptan el relato tradicional, llamados tradicionalistas, y por otro lado los que lo rechazan o cuestionan profundamente, llamados hipercríticos. Existen casos que, a modo de ejemplo, pueden ilustrar lo que decimos.

El prestigioso arqueólogo Andrea Carandini, en 1985, en las excavaciones que dirigió en la ladera sur del Palatino, puso al descubierto un muro fundacional cuya fase más antigua se fecha en la segunda mitad del siglo VIII a. C.: esto ha sido interpretado como un resto de la muralla de Rómulo y estaría evidenciando la fundación de Roma sobre el mencionado monte, tal y como narra la tradición. (cf. Casquillo Fumanal, 2004-2005, p. 137)

Por otra parte, el conocido historiador y epigrafista Ettore Pais, en su famosa *Storia critica di Roma durante i primi cinque secoli*, aparecida en los años 1913-14 en cuatro tomos, considera la tradición historiográfica como un cúmulo de falsedades acopiado por la piedad o la astucia patriótica de la época de Augusto. Una época que Pais consideraba demasiado distante de los hechos que narraba para ser fiel a los mismos.

Consideramos que conviene tener una actitud moderada frente a estas situaciones y “advertir el valor de la tradición, sin renunciar por ello a las correcciones que nacen de un serio cotejo con los datos aportados por la zapa de los arqueólogos” (Calderón Bouchet, 1984, p. 9). Y más allá de todas estas controversias, que van desde la negación de la existencia de Rómulo o de los cuatro primeros reyes (Poucet, 1985) hasta la aceptación lisa y llana de todo lo aportado por la tradición literaria, lo que nos interesa aquí es vislumbrar el espíritu romano que dio nacimiento a la Ciudad que luego conquistó el mundo antiguo forjando un imperio y una cultura casi imperecederos. De todos modos, no creemos que sea conveniente el querer dividir, como si se operara con un bisturí, lo que es tradición y mito de lo que es historia. Es un tejido único que conforma un organismo vivo que los antiguos, en general, se negaban a despedazar, al menos con el rigor que se le aplica en los tiempos modernos. Pues se corría –y se corre- el riesgo de caer en un escepticismo cuando no en un juicio peyorativo del valor de las tradiciones, sobre todo las que son de origen oral. De ahí el cuidado con el que hay que proceder en el tratamiento de las fuentes y el cotejo con los descubrimientos actuales.

El nombre de Roma

El nombre de la ciudad ha dado lugar a una serie de estudios e hipótesis muy variadas. Dos puntos podemos mencionar a modo de síntesis en este tema. En primer lugar la cuestión del origen del nombre de Roma y en segundo lugar la del nombre esotérico de Roma.

¿De dónde procede el nombre de Roma? Hay diversas hipótesis. Las más conocidas son tres. Un origen griego (de *Rhōmē*), uno etrusco (de la palabra *Rumon*) y otro del itálico (*Ruma*). De las tres

opciones, la tercera parece ser la más probable y estría indicando algo así como “la ciudad de las colinas” (cf. Fumanal, 2004-2005). Y esto es importante porque estaría confirmando que Roma fue fundada en el siglo VIII a. C. por gente de origen itálico, aunque con rito etrusco. Las fuentes antiguas coinciden en que la ciudad fue fundada con este rito, como lo confirma el trazado del *sulcus primigenius* con el arado. “Pero es evidente que los latinos pudieron copiar ya en época romúlea para fundar y denominar su propia ciudad el mismo ritual etrusco que, sin ser suyo, copiaron más tarde para sus propias colonias”. (Fumanal, 2004-2005, p. 135). Un detalle importante es que para determinar el sitio de la fundación no se utilizó el arte, de origen etrusco, de los arúspices (con vísceras de un animal), sino el de los auspicios (observación del vuelo de las aves) de origen latino. Por eso, creemos que tomar el ritual de los etruscos no convierte a la ciudad en etrusca. Roma nunca fue una ciudad etrusca, aunque tuvo reyes que provenían de la Etruria.

De todos modos, más importante es el segundo punto sobre el nombre de Roma, porque creemos que denota un elemento significativo del *homo conditor*: el proteger la sacralidad de la fundación y de la ciudad. En efecto, lo sagrado debe ser cubierto con cierto cuidado, debe delimitarse, para que no sea profanado. Y aquí nuevamente se observa el paralelismo del hogar con la *urbs*, pues en el hogar había unos dioses protectores que eran conocidos y adorados solamente por los miembros de la familia. Era un velo necesario que debía recubrir el misterio. La adoración al fuego sagrado es de lo más antiguo del culto doméstico. Y el paralelismo con el culto de la ciudad era evidente. Al respecto afirma Van der Leeuw (1964, p. 53):

El fuego del hogar se confiaba a la protección de los miembros femeninos (que más tarde serán las vestales), mientras que el jefe

de la casa aparecía como sacerdote del fuego y sus hijos fungían de atizadores del mismo (los flámines). El fuego es objeto del culto familiar más antiguo en el que se concentra el poder de la comunidad.

Del misterioso fuego de Vesta dependía la salud de la ciudad de Roma. Nos cuenta Tito Livio (XXVI, 27) que los campanos, a poco de haber terminado la guerra con Aníbal en suelo italiano, demostraron su profunda enemistad con Roma intentando quemar la ciudad. Y el mayor peligro era la destrucción del fuego sagrado del templo de Vesta, pues “su llama perenne, [era] prenda del imperio de Roma marcada por el destino, custodiada en su santuario.”

No solamente era necesario proteger el fuego sagrado de Vesta sino también el nombre de la ciudad. Plutarco, (*Cuestiones romanas*, 61) se pregunta: “¿Por qué está prohibido nombrar, buscar y mencionar a aquella divinidad, sea masculina o femenina, a la que de una manera muy especial le compete vigilar y salvar Roma? (...) los romanos pensaban que el no conocer el nombre del dios y el no mencionarlo era la más segura y firme protección del mismo.” Y Plinio el Viejo (*Historia natural*, XXVIII, 4) afirma algo similar, añadiendo que

[...] en ocasión de un asedio, era costumbre, en primer lugar, que los sacerdotes romanos convocasen a la divinidad tutelar de esa ciudad en particular y le prometieran los mismos ritos, o incluso un culto más extenso, en Roma; e incluso en la actualidad, este ritual sigue formando parte de la disciplina de nuestros pontífices. De ahí que, sin duda, el nombre de la deidad tutelar de Roma se haya mantenido tan estrictamente oculto, para que ninguno de nuestros enemigos actúe de manera similar.

En la antigüedad el nombre (nomen) determina a la persona que lo lleva y además significa su función esencial o su identidad. Esto

se debe al valor sagrado de la palabra. Y por eso se afirmaba que *nomen ets omen*, es decir que el nombre mostraba el destino o presagio que los dioses habían determinado. Y también el *nomen* revelaba la fuerza divina que actuaba sobre esa persona o ciudad. Esa fuerza o virtud divina era el *numen*. El que lograba arrancar el secreto del *nomen* podía ganar el favor de ese dios. Volveremos luego sobre esto. (cf. Gomà Civit, 1996, p.292).

Surgimiento de Roma: hogar y culto

Sostenemos el principio ya establecido y demostrado, con abundante uso de fuentes, en el siglo XIX por Fustel de Coulanges: la religión está en la base y origen de las instituciones tanto de griegos como de romanos. Así lo expresaba en su libro más conocido:

La comparación de las creencias y de las leyes muestra que una religión primitiva ha constituido la familia griega y romana, ha establecido el matrimonio y la autoridad paterna, ha determinado los rangos del parentesco, ha consagrado el derecho de propiedad y el derecho de herencia. Esta misma religión, luego de ampliar y extender la familia, ha formado una asociación mayor, la ciudad, y ha reinado en ella como en la familia. De ella han procedido todas las instituciones y todo el derecho privado de los antiguos. De ella ha recibido la ciudad sus principios, sus reglas, sus costumbres, sus magistraturas. (Fustel De Coulanges, 2003, p. 5)

Como veremos a continuación, los romanos fundan su vida familiar y política en rituales que son los que dan forma y sustento al orden social-institucional. Desde sus inicios la base de la sociedad romana estaba cifrada en dos cosas: la familia y la agricultura. Este es, como veremos, el primer nivel del *homo*

conditor. La familia se estructura a partir de la religión doméstica en torno al fuego sagrado del hogar. Y así como esta se funda en el culto y la autoridad del padre (*pater*) que oficia como sacerdote en su familia, de manera semejante se forma la ciudad en la autoridad del rey (*rex*) que también es sacerdote del culto de la ciudad.

Los pueblos de origen indoeuropeo que entraron en Italia a partir del segundo milenio antes de Cristo traían entre sus tradiciones la religión doméstica de los antepasados y del fuego sagrado. Los romanos decían “ubi tu Gaius, ego Gaia”, demostrando que el matrimonio es la base de la comunidad familiar y se realiza por medio de rituales religiosos. Plutarco, que recoge esta frase tradicional dice que se refería a “gobernar y participar de todo en común y lo que se quiere manifestar es: donde tú eres señor y administrador, yo también soy señora y administradora”. (*Cuestiones romanas*, 30). Por eso podemos afirmar que Roma surge de comunidades unidas por rituales³.

Del ritual matrimonial-agrícola nacerá la *urbs* romana, pues se trata de un desposorio de la tierra con el cielo, en el cual el hombre –el sacerdote fundador- oficia como intermediario realizando el ritual. La *urbs* implica un “lugar sacro de reunión y domicilio nacido mediante un acto fundacional y que implicaba la existencia mínima de un Capitolio y de un Foro” (Hubeňak, 1987, p. 4). Y la casa es un santuario doméstico en el que oficia como

³La comunidad es obvia, “uno no se adhiere a ella, sino que ‘se pertenece’ ” (Van der Leeuw, 1964, p. 234). Esto se contraponen al ciudadano de los tiempos de las revoluciones burguesas del siglo XVIII que es visto como el producto de un contrato por el cual se amalgaman individualidades. La comunidad antigua se forma de manera natural y religiosa, no artificial y secular. Conviene tener en cuenta esto para entender el proceso de formación de las comunidades que darán origen a la ciudad, que también es una *urbs*.

sacerdote el *paterfamilias* que conoce los ritos propiciatorios y los nombres secretos de los penates y lares del hogar.

En estas comunidades agrícolas se destacaban las festividades referidas a los ciclos de las estaciones y las cosechas. Marte fue una de las primeras divinidades de los romanos, dios de los campos y de la guerra, que ya manifiesta el carácter de agricultores-soldados que siempre los definió. Al respecto afirma Barrow (2000): “He aquí la clave para el estudio del carácter romano y de la historia de Roma. La mentalidad romana es la [...] del soldado-campesino, y, en general, esto es así hasta en las épocas posteriores”. (p. 12).

La ciudad fue fundada mediante un acto ritual de tipo etrusco y de acuerdo al medio agrícola en donde surgió. Esto marcará toda la historia de Roma.⁴ Y en esto coinciden los autores antiguos como Tito Livio, Dionisio de Halicarnaso, Varrón y Plutarco. Y este rito los romanos lo repetirán en la fundación de otras ciudades estableciendo ese ámbito sagrado. Y por eso “las comunidades que nacieron sobre la base de la conquista romana no fueron sino una extensión del ámbito sacro. De modo pues que la conquista romana debe ser interpretada como una sacralización de la tierra entera. Sobre esta base, precisamente, se ha fundado Europa.” (Disandro, 2004, pp. 80-81).

¿Tan importante era para el romano la fundación de una ciudad? Era de vital importancia. Tal es así que era lo que lo caracterizaba y distinguía: conocer el designio de los dioses para fundar en la

⁴ “Los descubrimientos arqueológicos y las investigaciones históricas coinciden en señalar que la ocupación etrusca convirtió al conjunto de poblados rurales en una urbe, y más aún en una *civitas*, al convertir, por medio de un acto fundacional, un lugar profano en sacro. Roma fue claramente una *res sacra* (cosa sagrada)”. Hubeňak, op. cit.

tierra ciudades. De aquí brotan los caracteres que lo definen: agricultor-soldado, político e imperialista. Profundicemos esto.

El homo conditor

¿Cuál es el carácter propio del hombre romano que lo distingue frente a un variado universo de pueblos y culturas de la Antigüedad? O, dicho de otra manera, ¿por qué Roma fue la cabeza del mundo antiguo (*caput mundi*)? Un profundo analista de la condición existencial del romano, como fue Cicerón, creemos que nos dará una respuesta a estos interrogantes. En su libro *De Re publica* (I, 7) dice:

No hay ninguna cosa en la cual la virtud humana se aproxime más al numen de los dioses que el hecho de fundar ciudades o conservar las ya fundadas. [neque enim est ulla res, in qua proprius ad deorum numen virtus accedat humana quam civitates aut condere novas aut conservare iam conditas].

Como vemos en el texto citado aparece el verbo *condere* (fundar) y es puesto por el autor como lo que aproxima al hombre a la virtud de los dioses. De tal manera que al fundar ciudades o conservar las ya fundadas el hombre adquiere un vínculo de cercanía con los dioses. ¿Por qué? Porque fundar implica una acción sagrada por la cual se establece sobre la tierra un espacio sagrado en el cual se establece un vínculo entre los dioses y los hombres. Ese espacio sacro se abre por medio de un ritual en la tierra madre que así se une con el cielo. Al fundar la ciudad se establece una separación entre un ámbito sacro y otro profano o más bien se introduce un ámbito sacro en el profano. Además *condere* implica un acto histórico por el cual se implanta una estirpe sobre la tierra para que realice su destino, de modo similar a la labor del

agricultor que introduce la semilla en el seno de la tierra para que logre su desarrollo.

Este *homo conditor* romano, a su vez, se caracteriza por conocer el *numen* de los dioses. ¿Qué es el *numen* de los dioses? El *numen* de los dioses hace referencia a aquella fuerza o potencia misteriosa que se manifiesta en la naturaleza o es la esencia de una cosa. “Así como cada hombre se manifiesta por su *uirtus*, el accionar de cada cosa se muestra esencialmente potente por su *numen*.” (Di Pietro, 1968, p. 17). El romano cree que los dioses actúan “detrás” de cada “fenómeno” natural y cada cosa y entiende que al fundar (*condere*) ciudades o conservar las ya fundadas se asemeja a esa potencia divina (*numen*) propia de los dioses. Esto es lo más importante o valioso que un romano puede hacer, de ahí la denominación de *homo conditor* (hombre fundacional).

Y por eso afirma Cicerón, diferenciando aun más al romano de otros pueblos:

No hemos superado a los Hispanos en número, ni a los Galos en fuerza, ni en astucia a los Cartagineses, ni en ciencia a los Griegos ni, por fin, a los propios Ítalos y Latinos en este su propio sentido doméstico e innato hacia su raza y su tierra, sino que hemos superado a todos estos pueblos y naciones en piedad [*pietas*], en la religión [*religio*] y en este único conocimiento [*sapientia*]: hemos comprendido que todo se rige y gobierna por el numen de los dioses. (*Sobre la respuesta de los arúspices*, 19).

Resumiendo lo dicho hasta aquí, la virtud distintiva del romano lo muestra como un hombre de la tierra (agri-cultor) y a su vez fundador de ciudades (conditor). Esta idea y acción fundacional es expansiva y en consecuencia da sentido a la noción de *imperium* como extensión de la cultura romana por medio de la fundación

de ciudades. Aquí quedan esbozados los tres niveles existenciales del romano. Además existe una voluntad divina (*numen* de los dioses) que anima estas empresas romanas. Y esto ya quedó plasmado desde un primer momento cuando la ciudad fue fundada por Rómulo.

La religión romana ha marcado la diferencia entre un ámbito sagrado y otro que no lo es: el profano. En el ámbito sagrado es en donde se realiza el rito religioso que consiste en un acto sacro por el cual se establece un vínculo entre lo divino y lo humano y cósmico. Es decir que por medio del rito el hombre puede ser intermediario o nexo entre dos mundos o dimensiones: lo divino y lo humano. De aquí se desprende el carácter fundador del hombre romano. Y esto se observa tanto en la fundación de la ciudad como en la de la casa y en el sentido primigenio de la comunidad política.

El romano es un hombre fundacional, como hemos visto y esto hace a la esencia de la romanidad (*romanitas*). Sin embargo el primer nivel existencial del romano es el de la tierra que debe cultivar. La agricultura que implica un cultivo del campo hace del romano un hombre apegado a la tierra y a sus ritmos. Al mismo tiempo debe defender su tierra y para eso se hace soldado. Cicerón, en el libro que le dedica a su hijo Marco para su formación, establece una jerarquía de las profesiones o labores dignas de hombres libres y no libres, basado en la tradición. Y coloca a la agricultura como la labor más noble para los hombres libres: “De todas las cosas de las que se obtiene alguna ganancia no hay nada mejor, ni más provechoso, ni que proporcione mayor gozo, ni más digno del hombre libre que la agricultura.” (*Sobre los deberes*, I, 42).

De estas dos cualidades relacionadas, la de agricultor-soldado y la de fundador de ciudades, se desprende el *imperium*. Aquí tenemos tres niveles que se entrelazan y forman una sola cosa que es la cultura romana o romanidad (cf. Di Pietro, 1965). Esos tres niveles son el agrícola, el fundacional o político y el imperial. Por su parte, Virgilio, en tiempos de Augusto, nos descubre esta misión y destino del romano en su *Eneida*:

“Y tú, Romano, recuerda que tu destino es regir a los pueblos por medio del [*imperium*]. Tus artes serán las de imponer las leyes de la [pax] entre las naciones, tratando con moderación a los vencidos y sometiendo a los soberbios”. (VI, 851 y ss.).

Recordemos que Octavio Augusto es el *princeps* instaurador de la paz romana. En él toma forma definitiva el carácter imperial de Roma.

La fundación

Existe un vínculo profundo entre la labor del agricultor y la del fundador. De ahí que Roma fue fundada con un arado que realizó el surco primigenio marcando el perímetro sagrado (*pomerium*) para constituir el *templum*.

Para el romano, fundar una ciudad es tarea símil a la de echar una semilla en el seno abierto de la tierra, y conservar una ciudad ya fundada es también tarea semejante a la de preservar un campo sembrado o mantener las parras de una viña. Y el ejemplo típico al cual debemos acudir es al de Rómulo, quien no solo fue agricultor, jefe de agricultores, sino también fundador de la Ciudad; ahora bien, lo más sorprendente es que Roma fue fundada con un arado, es decir con el instrumento típicamente apto para desarrollar la tarea de la agricultura, y al cual se le descubre también la capacidad de abrir el vientre de la tierra

para depositar en ella un germen distinto del de la semilla vegetal, por cuanto es un destello de nuestras propias esencias que necesitan unirse al “humus” húmedo para que vivifiquen perennemente en un fruto más sublime aún que el perfecto producto periódico que nos da la Madre Natura. (Di Pietro, 1965, p. 54).

Ovidio nos cuenta la fundación de Roma. El relato, con algunas variantes, también se encuentra en Tito Livio, Dionisio de Halicarnaso, Cicerón y Plutarco, entre otras fuentes. Los gemelos Rómulo y Remo, después de devolver el trono de Alba Longa a su abuelo Númerito, deciden fundar una nueva ciudad. Y lo primero que harán es averiguar la voluntad de los dioses por medio de los augurios para saber el lugar del emplazamiento. El criterio definitorio, aunque no exclusivo, estaba determinado por la religión. Si bien otros factores eran tenidos en cuenta, “los antiguos enfocaban siempre los factores económicos e higiénicos en una perspectiva mítica y ritual.” (Rykwert, 1985, p.14). Es el espacio concebido míticamente, y no geoméricamente, el que determina el sitio para la fundación (Cassirer, 1972, pp. 87-95). Nos cuenta Ovidio en sus *Fastos*:

[...] trazó Rómulo un surco para las murallas; al yugo iban una vaca blanca y un buey blanco como la nieve. Las palabras del rey fueron éstas: «Asistidme en la fundación de la ciudad, Júpiter y padre Marte y madre Vesta; volveos hacia mí, todos los dioses que la piedad exige tener presentes. Que se levante esta obra mía bajo vuestros auspicios. Que sea larga su duración y el poder de esta tierra soberana, y caiga dentro de su marco la salida y la puesta del sol». (V, 815)

El fundador ruega por la duración y el poder de Roma. Se vislumbra aquí el destino imperial.

El espacio sagrado de la ciudad que se delimitó con el arado era el *templum*, palabra que proviene del griego *témenos* que procede de la raíz *tem* que significa “cortar”, haciendo referencia a la separación de lo sagrado y lo profano. Este templo es donde el augur observa el cielo, es decir, con-templa para orientar la ciudad y delimitarla a partir de una cruz que traza primero en el cielo y luego en la tierra. El *pomerium* es el que marca el límite entre lo sagrado y lo profano. Es esta una palabra que se forma con la contracción de *post-murum*, que significa después del muro.

Luego, se cava una fosa en el centro de la cruz. La fosa excavada recibe el nombre de *mundus*, que implica el punto de intersección de tres niveles: el mundo *inferior* (*inferi*), la *tierra* (*tellus*) y la cabeza (*capit*). Además, es “allí en donde por medio de una hierofanía se efectúa la ruptura de niveles, se opera al mismo tiempo una «abertura» por lo alto (el mundo divino) o por lo bajo (las regiones infernales, el mundo de los muertos). Los tres niveles cósmicos —Tierra, Cielo, regiones infernales— se ponen en comunicación.” (Eliade, 1957, p. 32). También este *mundus* tiene el valor de centro u ombligo del mundo de acuerdo a la perspectiva espacial mítica. De él emana la fuerza del numen de la ciudad y

Es “considerado el punto espiritual de partida para la concepción de la *Roma aeterna*, ideal que será desarrollado más tardíamente como *Roma caput mundi*.” (Hubeňak, 1987, p. 4).

Hay que decir también que el espacio sagrado puede, y debe, extenderse “a la totalidad del cosmos físico a través de una organización y distribución progresivas”. (Cassirer, 1972, p. 95).

Aquí tenemos el fundamento religioso de la noción de *imperium* como extensión de la *romanitas*.

En Roma hasta la muerte

Afirma Calderón Bouchet (1984): “Para un espíritu como el romano, hondamente preocupado por las manifestaciones de la divinidad, la fortuna de Roma, victoriosa heredera del Imperio Etrusco, estaba ligada a un destino extraordinario, así querido por los dioses. Antes que naciera Virgilio la leyenda de un futuro imperial inspiró a los romanos la convicción de un porvenir fuera de serie.” (p. 7). Sin embargo, en su larga historia Roma debió atravesar situaciones en donde su destino era puesto a prueba. ¿Cuán importante era para los romanos conservar su patria? ¿Era fácil cambiar de ciudad patria ante una situación crítica? ¿Se podía dejar la ciudad definitivamente para recomenzar en otra?

Veamos como la misma historia de Roma nos responde a estos interrogantes (Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, V, 48-55). Frente a una situación límite, en la que Roma corría el riesgo de caer y desaparecer bajo el poder de los galos, en el 390 a.C., surgirá la raíz religiosa para defender la Patria y no abandonarla. En primer lugar defenderla y persistir aun en la derrota puesto que los galos tomaron la ciudad, la incendiaron y finalmente incluso rodearon la Ciudadela. Para recuperar la ciudad se acordó el pago de un rescate en oro. Y cuando ya habían acordado el pago los galos trucaron los pesos de la balanza para llevarse más oro del estipulado. Entonces los tribunos protestaron, a lo cual uno de los galos exclamó “¡Ay de los vencidos!”. Esta humillación encendió la cólera de los dioses y del Dictador Camilo que volvía de Ardea y se negó a pagar el infame rescate. La fortuna cambió, dice Livio, y los galos, que se negaron a

marcharse de la ciudad, fueron destrozados por los romanos. La amenaza había sido conjurada. Pero surgió otro problema. Los tribunos de la plebe propusieron al pueblo abandonar la ciudad, que estaba destruida y quemada, y retirarse a Veyes.

Entonces Camilo -llamado a la sazón *Rómulo, Padre de la Patria y Segundo Fundador de la Ciudad*- tomando la palabra, dio un discurso patriótico ante el Senado y la plebe para convencerlos -y conmoverlos- de que no abandonaran la ciudad. Transcribimos algunas partes del famoso discurso.

Son tan dolorosas para mí, Quirites, las controversias con los tribunos de la plebe que, de todo el tiempo que viví en Ardea, el único consuelo en mi amargo exilio era que estaba muy lejos de tales conflictos. [...] Incluso ahora a gusto callaría y me estaría tranquilo, si no se tratase de luchar otra vez por mi patria. Pero faltarle a ella, mientras quede vida, sería para los demás hombres una vergüenza y para Camilo una absoluta impiedad. [...] ¿Por qué nosotros, cuando estábamos acosados por el enemigo, la libramos de sus manos si, ahora que la hemos recuperado, la abandonamos? [...] podríais decir, es obvio que toda la Ciudad está contaminada y que ningún sacrificio expiatorio puede purificarla; las propias circunstancias nos obligan a abandonar una Ciudad devastada por el fuego y totalmente arruinada, y emigrar a Veyes donde todo está intacto. [...] ¿Vamos a evitar el trabajo de reconstrucción de lo que se ha quemado a pesar de que la Ciudadela y el Capitolio están intactos y que los templos de los dioses siguen en pie? Lo que cada uno ha hecho en su caso, habiéndose incendiado nuestros hogares, ¿rehusaremos hacerlo como comunidad con la Ciudad incendiada? [...]

¿El amor por nuestra patria lo es sólo hacia sus edificios? Desagradable como me resulta recordar mis sufrimientos, y aún más vuestra injusticia, os confesaré sin embargo que siempre que

pensaba en mi Ciudad natal venían a mi cabeza todas aquellas cosas: las colinas, las llanuras, el Tíber, sus paisajes familiares, el cielo bajo el que nací y crecí. Y rezo porque ellas ahora os muevan por el amor que inspiran a permanecer en vuestra Ciudad y no que luego, tras haberla abandonado, os hagan languidecer con nostalgia. No sin buenas razones eligieron los dioses y los hombres este lugar como el sitio para una Ciudad, con sus saludables colinas, su oportuno río, por medio del cual llegan los productos de las tierras del interior y suministros desde el mar; un mar lo bastante cercano para todo propósito útil, pero no tanto como para estar expuestos al peligro de las flotas extranjeras; un país en el mismo centro de Italia; en una palabra, una situación particularmente adaptada por la naturaleza para la expansión de una ciudad. [...] Esta ha sido hasta ahora vuestra fortuna; ¿qué sentido puede haber, ¡Dios nos libre! en tratar de probar otra? Aun admitiendo que vuestro valor se pueda trasladar a otro lugar, desde luego la buena Fortuna no se podrá. Aquí está el Capitolio, donde en los tiempos antiguos se halló una cabeza humana y fue declarado que esto era un presagio, porque en ese lugar se situaría la cabeza y el poder soberano del mundo. [...] Aquí está el fuego de Vesta, aquí están los Escudos enviados por el cielo; aquí están todos los dioses que, si os quedáis, os serán propicios.

Conmovidos los romanos decidieron permanecer en su patria y reconstruir la ciudad. Roma se había salvado. Su destino estaba intacto.

Conclusión

El sentido de lo sacro es fundamental para entender la obra fundacional de Roma y el *ordo* civilizatorio romano. El fuego y el altar son el centro de Roma y de los hogares romanos. Sin hogar no hay casa ni familia, sin *templum* no hay ciudad. Cicerón

afirmará: “Gran cosa es, pues, tener los mismos monumentos de los ancestros, usar los mismos santuarios, tener sepulcros comunes” (De officiis, I). Un antiguo apotegma decía *pro aris et focis pugnare*, resumiendo de alguna manera el espíritu fundacional y político del romano. Y es que pelear por los altares y el fuego del hogar es la divisa patriótica del romano como *homo conditor*.

Fundar un hogar y cultivar la tierra nutricia era hacer patria. Fundar ciudades y conservar las ya fundadas era hacer *imperium*. Sin la ayuda de los dioses era imposible lograr esto y para obtener esa ayuda había que conocer el *nomen* de las divinidades. Sin fundación por medio del ritual sagrado no puede haber ni hogar ni *urbs* ni *imperium*. Y, una vez fundada, la *urbs* debe ser defendida aun con la propia vida. Porque esto implica el más honorable deber patriótico y por eso: “Dulce et decorum est pro patria mori”. (Horacio, Odas, III, 2, 13).

Fuentes

Cicerón, *De Re publica*. Gredos.

Sobre la respuesta de los arúspices. Gredos.

Sobre los deberes. Gredos.

Horacio, *Odas*. Gredos.

Ovidio, *Fastos*. Gredos

Plinio el Viejo, *Historia natural*. Gredos.

Plutarco, *Cuestiones romanas*. Gredos.

Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*. Gredos.

Virgilio, *Eneida*. Gredos.

Referencias bibliográficas

Barrow, R. H., (2000). *Los romanos*. México: Fondo de Cultura Económica.

Calderón Bouchet, R. (1984). *Pax romana*. Buenos Aires: Editorial Huemul.

Casquillo Fumanal, L. (2004-2005). Rhome, Rumon, Ruma. Una aproximación global al origen del nombre de Roma. Liceo Español «Cervantes». *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie II, Historia Antigua, T. 17, 2004-2005, pp. 129-159.

Cassirer, E. (1972). *Filosofía de las formas simbólicas*, T. 2., Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.

Cornell, T. J. (1999). Los orígenes de Roma, c.1000-264 a.C. Italia y Roma de la edad del bronce a las guerras púnicas. Traducción castellana de Teófilo de Lozoya. Barcelona: Ed. Crítica.

Di Pietro, A. (1965). *Iustissima Tellus, Iustitia*, año I, 3, 52-67.

Di Pietro, A. (1968). *Verbum iuris*, Monografías jurídicas 117, Buenos Aires: Abeledo-Perrot.

Disandro, C. (2004). *Humanismo. Fuentes y desarrollo histórico*. La Plata: Fundación Decus.

Eliade, M. (1957). *Lo sagrado y lo profano*. Buenos Aires: Paidós.

Fustel de Coulanges, N. (2003). *La ciudad antigua*. México: Ed. Porrúa, decimotercera edición.

Gomà Civit, I. (1996). Santificado se tu Nombre. La primera petición del Padrenuestro. *RCatT XXI/2 289-332*. Facultat de Teologia de Catalunya.

Herrera Cajas, H. (1977). Res privata, res publica. Semanas de estudios romanos. Instituto de historia Vice rectoría académica I, 128-136.

Hubeňak, F. (1987). Terra et urbs: la búsqueda de la mentalidad del ciudadano de la Roma republicana. [en línea]. *Res Gesta 22*. Disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/contribuciones/terra-urbs-mentalidad-ciudadano.pdf>

López Barja de Quiroga, P. y Lomas Salmonte, F. J. (2004). *Historia de Roma*, Madrid: Ed. Akal.

Martínez Pinna, J. (1989). *La Roma primitiva*. Madrid: Ediciones Akal, S.A.

Martínez Pinna, J. (1999). *Los orígenes de Roma*. Madrid: Editorial Síntesis.

Poucet, J. (1985). *Les origines de Rome. Tradition et histoire*. Bruxelles: Publications des Facultés universitaires Saint-Louis.

Poucet, J. (1987). Temps mythique et temps historique. les origines et les premiers siècles de Rome. *Gerion*, 5. Editorial de la Universidad Complutense de Madrid.

Rykwert, J. (1985). La idea de ciudad. Antropología de la forma urbana en el Mundo Antiguo. Madrid: Graficincos S. A.

Van der Leeuw, G. (1964). *Fenomenología de la religión*. México: Fondo de cultura económica.